

ISSN 2448-6019

Núm. 19, 2019

19

CONNOTAS.
REVISTA DE CRÍTICA
Y TEORÍA LITERARIAS



UNIVERSIDAD DE SONORA

Representaciones de la corporalidad abyecta en la narrativa sobre migración centroamericana en México¹

Representations of abject corporality in narrative about
Central American migration in Mexico

MARISSA GÁLVEZ CUEN
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
marissa_gc_d@hotmail.com

Resumen:

Este artículo explora y analiza la representación de los personajes centroamericanos migrantes en las novelas mexicanas *La fila india* (2013) de Antonio Ortuño, *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013) de Alejandro Hernández y *Las tierras arrasadas* (2015) de Emiliano Monge, con enfoque en la configuración de la corporalidad, la construcción de la alteridad y el distanciamiento social basados en la xenofobia y en la relación de discursos de odio con violencias de carácter político, estructural y simbólico. A partir de la propuesta de necropolítica de Achille Mbembe y el concepto de abyección de Julia Kristeva se desarrollan varias lecturas sobre las dinámicas de agresión del cuerpo migrante y la asimilación de la violencia en la sociedad mexicana en la literatura del último lustro, como una crítica a las frágiles políticas en materia de protección a los derechos hu-

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada como conferencia en las Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica en abril 2019.

manos de la población migrante, así como a la normalización de la práctica y el discurso de la violencia. Este análisis busca así señalar las lógicas del poder en el ejercicio de la agresión, así como señalar la invisibilización de los sujetos migrantes abordada por estos autores.

Palabras clave:

migración centroamericana, violencia, abyección, necropolítica, estudios corporales.

Abstract:

This paper explores and analyses the representation of Central American migrant characters in the Mexican novels *La fila india* (2013) by Antonio Ortuño, Alejandro Hernández's *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013) and Emiliano Monge's *Las tierras arrasadas* (2015). The study focuses on the configuration of corporality, the construction of otherness and social distancing based on xenophobia and the relationship of hate speech to political, structural and symbolic violence. From Achille Mbembe's idea of necropolitics and Julia Kristeva's concept of abjection, it is possible to draw several readings on the dynamics of the migrant body's aggression, as well as Mexican society assimilation of violence, and their literary representation within the past five years. These can be interpreted as criticism of the fragile policies regarding the protection of migrants' human rights and, the normalization of violence in both discourse and practice. This analysis seeks to emphasize the logics of power in the exercise of aggression and the invisibilization of the migrant addressed by these writers.

Key words:

Central American migration, violence, abjection, necropolitics, body studies.

El arribo a México de miles de migrantes procedentes de países centroamericanos, en su intento por atravesar la frontera para acceder a Estados Unidos, desde el otoño de 2018 ha generado entre la opinión popular una serie de discursos que oscilan entre el

apoyo y el rechazo, la solidaridad y la condena, promovidos por un seguimiento mediático de la denominada caravana migrante.² De acuerdo a la Agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR) en el periodo de aproximadamente un mes (octubre-noviembre 2018) se podía estimar el desplazamiento de 16,000 personas, en su mayoría procedentes de Honduras (48%) y El Salvador (39%), de las cuales la mitad viajaba acompañada de sus familias y de las que un 60% aseguraba huir de la violencia de su país de origen, en el que consideran correr peligro. La fuerte presencia de la violencia criminal como un fenómeno social y el predominio de la mara y las pandillas en estos países que, junto con Guatemala, consolidan el llamado Triángulo Norte Centroamericano, son dos de las condiciones más influyentes para la determinación del éxodo de hondureños y salvadoreños, no solamente hacia Estados Unidos o México, sino también de manera interna o hacia otros países latinoamericanos, como Costa Rica.

Para los escritores mexicanos Antonio Ortuño (1976-), Alejandro Hernández (1958-) y Emiliano Monge (1978-), esta realidad de la migración centroamericana en México implica un posicionamiento crítico desde un arte que, sin caer en panfletarismos ni imaginarios apologéticos de la violencia, representa tanto la violencia de la que escapan estas comunidades en tránsito como aquella que descubren en su travesía, las reacciones de las sociedades que conviven con ellas, las débiles políticas en materia de protección jurídica y los organismos corrompidos que aseguran trabajar para la salvaguarda de sus derechos. En la narrativa de estos autores, el abordaje periodístico de estos puntos y la investigación sobre el contexto

² Durante el año 2018 la travesía de inicialmente una y posteriormente varias caravanas migrantes en dirección a Estados Unidos llamó la atención de la prensa internacional, provocó la alerta del gobierno estadounidense y despertó la indignación de una gran parte de la población mexicana. Según la cobertura mediática, la caravana, conformada en su mayoría por hondureños y en menor medida por guatemaltecos y salvadoreños, ha experimentado en México muestras de apoyo, así como enfrentado un sinfín de discursos xenofóbicos e incluso una marcha “anti-inmigrante”.

migratorio en México convergen en la representación ficcional de situaciones basadas en experiencias de vida o en sucesos reales.

Antonio Ortuño recurre a las notas y documentos que registran la información sobre las distintas fosas clandestinas³ en las que se han descubierto decenas de cuerpos, presumiblemente de sujetos extranjeros, y a sus experiencias como vecino de los albergues para migrantes, para representar, más que las desavenencias del desplazamiento, las dinámicas sociales de quienes viven en éxodo y la perspectiva de la sociedad que observa estas comunidades desde un distanciamiento vertical. Emiliano Monge, periodista y politólogo, recurre igualmente a un exhaustivo trabajo de investigación, a la lectura de testimonios y a entrevistas. Alejandro Hernández, en cambio, fungió como redactor del primer informe de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos sobre secuestros de migrantes, lo que “se advierte no solo en la clara noción de las rutas recorridas por sus personajes, sino en la densidad psicológica con que los dota, volviéndolos reales, seres en movimiento perpetuo que nos resultan en extremo cercanos y, por lo tanto, capaces de contagiarnos su ansiedad y sufrimiento durante la lectura” (Parra).

Si bien las propuestas de lectura sobre migración son sumamente vastas y diversas, para este trabajo interesa la exploración de

³ Entendidas, de acuerdo con Alejandro Encinas, Subsecretario de Derechos Humanos, Población y Migración, como “aquellos espacios donde se inhuman cuerpos de manera ilegal sin conocimiento de la autoridad, que tienen fundamentalmente el propósito de ocultar el paradero de una o de varias personas”, las fosas han alcanzado en México, solamente en el periodo comprendido entre el 01 de diciembre de 2018 y el 13 de mayo de 2019, un registro de 222 fosas y 337 cuerpos según un comunicado de la Secretaría de Gobernación emitido en mayo de 2019. Uno de los casos más representativos, y a los que alude la narrativa aquí analizada, es el de la denominada masacre de San Fernando en Tamaulipas, conocido como uno de los acontecimientos más violentos en los últimos años con relación a los crímenes contra migrantes. El número de cuerpos encontrados, las señales de tortura presentadas en ellos y la negligencia en torno al caso han sido motivo de reportajes, crónicas y notas que enfatizan la urgencia de reforzar las medidas de seguridad y los programas en defensa de los derechos humanos de los migrantes en México.

la discriminación, el abuso, la explotación, la deshumanización y la invisibilización en los personajes que son representados como vulnerables por su condición de tránsito. Los conceptos de abyección de Julia Kristeva y necropolítica de Achille Mbembe son fundamentales para el desarrollo de estos análisis en los que se conjugan cuerpo, política, economía, sociedad y violencia. A partir de ambos conceptos teóricos es posible establecer dicotomías de repudio-fascinación, en el caso de Kristeva, y de poder-vulnerabilidad, en el caso de Mbembe, por medio de las cuales se establece una otredad de los grupos de poder o ciudadanía respecto a sujetos migrantes que, vistos como abyectos, son representantes de una transgresión de la normatividad, que los sujeta a una serie de violencias.

A partir de la migración y las distintas problemáticas que se derivan de ella (la clandestinidad, la exposición a grupos criminales, las peripecias del desplazamiento), estas novelas exploran, desde la subjetividad de sus personajes, la complejidad de un fenómeno que, al ser representado de manera polifónica, permite la elaboración de juicios y visiones de distintos sectores de la sociedad (con excepción de Hernández, estas obras poseen una diversidad en las voces que enuncian y que abarca desde los victimarios hasta los mismos migrantes). En *La fila india*, la perspectiva de la narración varía dependiendo de la disposición de los capítulos a los que corresponden las voces de la Negra o Irma, trabajadora social relacionada con la CONAMI (Comisión Nacional del Migrante, clara alusión al existente Instituto Nacional de Migración en México); del ex esposo de esta, el Biempensante, quien representa una serie de prejuicios sobre los migrantes centroamericanos y cuyo inicial repudio se convierte en una obsesión por una joven migrante a la que somete y abusa; y, por último, de Yein⁴, joven migrante refugiada que pierde

⁴ Por razones de pertinencia y espacio en este trabajo nos limitaremos a discutir el personaje masculino por su relación con la representación de ciertos sectores de la sociedad mexicana. Por su parte, en los personajes de Irma y de Yein existe un desarrollo más inclinado a la relación de estructuras de poder, a la corrupción gubernamental y a la narración sobre la violencia, en el desplazamiento.

a su esposo en un ataque a un albergue. La novela describe así un escenario desesperanzador de la situación de los migrantes varados en México y critica fuertemente la corrupción entre actores gubernamentales e integrantes de las mafias, participantes de un gran mercado de tráfico y explotación de personas.

En *Amarás a Dios sobre todas las cosas* la historia se posiciona desde el protagonista, Walter, joven hondureño que resuelve emprender (más de una vez) la travesía, motivado por la falta de empleo y la creciente violencia en su país de origen. La partida, desplazamiento por México, regreso, nuevo viaje, secuestro y finalmente liberación son representados desde la óptica de este personaje de quien se sabe que, tras ser liberado por un grupo criminal de secuestradores, es encontrado (su cuerpo) en una de las fosas clandestinas esparcidas por el país. Es al final de la novela donde se revela que la historia leída es encontrada fuera de su casa en cuadernos escritos por él mismo. Las últimas páginas, que ya no corresponden a la historia escrita por el joven migrante, refieren cómo “el 25 de agosto de 2010, los periódicos de México y del mundo publicaron que setenta y dos migrantes habían sido asesinados en un rancho de San Fernando, estado de Tamaulipas. Walter estaba entre ellos” (Hernández 313). Si bien las tres obras coinciden en la mención de estas fosas o del tratamiento de la violencia dirigida hacia los migrantes, la de Hernández toma este referente particular y lo explicita en su novela para, consideramos, ahondar desde la ficción en las posibles subjetividades de estos sujetos que ya no tienen voz para testimoniar, pero cuya construcción sí ha sido posible gracias a otras voces de sobrevivientes y testigos.

A diferencia de las dos anteriores novelas, *Las tierras arrasadas* explora la violencia y el abuso de los sujetos migrantes desde una exterioridad posicionada en personajes que, aunque en su infancia y juventud se vieron sometidos a las mismas dinámicas de explotación

to y en los albergues, respectivamente. Cabe resaltar también la importancia del personaje de Yeín en cuestiones de migración y género, las cuales podrían dar pie a investigaciones futuras sobre esta misma narrativa.

y privación de la libertad, en su adultez se asumen plenamente como victimarios que trabajan en una red de tráfico de personas encabezada por un cura, el padre Nicho. Otro elemento diferenciador de esta novela es el planteamiento de una historia de amor entre los protagonistas, Estela y Epitafio, relación que, al igual que todos los personajes de la obra, se ve sujeta a la clandestinidad. En este conflicto establecido entre los amantes y su contexto hostil y fúnebre (véase los nombres propios de los personajes), las voces de los migrantes se ven enmarcadas y reproducidas, mas no representadas, como sí sucede en el caso de Ortuño y de Hernández.

Entendida como aquella expulsión o rechazo debido a su carácter transgresor, la abyección de Kristeva es representada de distintas maneras en la configuración de los personajes de estas novelas: por una parte, por medio de la múltiple transgresión de los sujetos migrantes, expresada en términos legales en su proyecto de ingreso clandestino y, de forma social, en la ruptura de una normatividad con su condición nómada; por otra, por medio de la configuración de personajes mexicanos que, a pesar de corresponder con la abyección que implica la transgresión de órdenes de lo legal, lo social y lo moral, no son representados bajo esta categoría. Es necesario enfatizar sobre todo este último aspecto, ya que son precisamente estos personajes quienes en la mayoría de las escenas ejercen violencia, participan activamente de la corrupción y suprimen su empatía, por lo que caen en una de las construcciones de la abyección, que consiste en el “no reconocimiento de sus próximos” (Kristeva 13). Sin embargo, estos sujetos escapan de la representación abyecta por pertenecer a una sociedad más extensa que la de las micro sociedades compuestas por migrantes; además, practican conductas que, empero su agresividad, son normalizadas o justificadas social y culturalmente.

Aunque, de acuerdo al desarrollo de Kristeva, el ser abyecto es aquel transgresor de normatividades y legalidades, por su condición marginal el migrante es entendido más como un sujeto criminalizado que como uno criminal, como también ayuda a comprender el filósofo camerunés Achille Mbembe con su análisis de la necropolítica. Si bien estos personajes reciben un trato que acentúa su

abyección/periferia en cada una de estas novelas, su representación o configuración como tales varía dependiendo de la perspectiva del narrador (migrante o no migrante). En este sentido, la lectura de Mbembe

nos ayuda a entender a los sujetos criminalizados y abyectos que viven en ausencia de derechos y con una abundancia de valoraciones negativas, conferidas sobre ellos por los grupos políticos, económicos, sociales y religiosos mediante el concepto de ‘necropoder’. (Monárrez 244)

Este último concepto se plantea como “la expresión última de la soberanía [que] reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir” (Mbembe 19). Según el autor este poder se basa en la diferenciación entre los grupos empoderados (en contextos específicos este empoderamiento se basa en la posesión de armas) y los grupos no empoderados o, en resumidas cuentas, el poder de disponer no solamente sobre la vida de los individuos, sino sobre la muerte y las formas de morir.

En la convergencia de las propuestas de Mbembe y Kristeva, sin omitir la influencia de la biopolítica foucaultiana, reside una crítica de los mecanismos discursivos y accionarios de ciertos gobiernos en los que, mediante una asociación entre el cuerpo y la nación, se establecen criterios excluyentes respecto a los individuos cuyas identidades o filiaciones no encajan con el modelo establecido, o sea, sujetos abyectos. Uno de los escenarios más paradigmáticos de esta separación social es el de los campos de concentración, como un laboratorio en el que “suele recurrirse a la metáfora de la salud pública, del cuerpo enfermo; la persecución del enemigo político se ejerce, como dice Lefort, en nombre de un ideal de profilaxis social en la medida en que siempre se apela a la integridad del cuerpo” (citado en Porcel 16-17). A estas lógicas bio y necropolíticas, sumaremos las del neoliberalismo, en donde el capitalismo gore, con el que Sayak Valencia se refiere “al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes)”

(Valencia 15), adquiere fuerza en contextos donde la muerte y la tortura se integran a las dinámicas del consumo y el mercado con la comercialización desacralizadora del cuerpo.

Las novelas de Ortuño, Hernández y Monge coinciden en su representación violenta del desplazamiento centroamericano por México. En las tres obras, los personajes indocumentados son sujetos a una serie de abusos por parte de élites de (necro)poder que van desde traficantes de personas asociados al crimen organizado hasta funcionarios gubernamentales de dependencias que trabajan por la protección al migrante y, aunque en un nivel menor de empoderamiento, personajes que actúan de forma violenta amparados bajo su ciudadanía mexicana en contraposición a la clandestinidad de los extranjeros. En las obras y según la propuesta de Kristeva, la abyección de los personajes migrantes se manifiesta en dos niveles. En uno, su corporalidad, su apariencia física de cansancio, su hambre y el estado de su vestimenta, aunados al hecho de un desplazamiento colectivo por lugares públicos como calles o plazas, evidencia su condición migrante y, en la mayoría de los casos, los vulnerabiliza. En otro, su carácter indocumentado los hace sujetos transgresores de la legalidad, por lo que su vulnerabilidad aumenta. Esta falta de apego a la legalidad o ruptura de lo normativo será motivo del rechazo social que sufren los migrantes de las novelas, así como un pretexto para justificar los abusos a los que son sometidos, entre los que se encuentran la privación de la libertad, el confinamiento forzado, la violación, la tortura y el asesinato.

Estas violencias ejercidas contra los personajes centroamericanos se inscriben en una lógica de castigo ante una transgresión que no consiste únicamente en su falta de documentación, sino en su condición precaria. Desde este pensamiento, las agresiones cometidas por personajes mexicanos, a pesar de ser transgresoras legal y moralmente, no se constituyen como abyectas porque obedecen a una estructura social basada en la discriminación. En *La fila india*, cuando el personaje del Biempensante mantiene en cautiverio a una joven hondureña (La Flaca) y abusa de ella sexual y físicamente, la abyección es representada en el personaje femenino quien, a pesar de ejercer una fuerte atracción erótica en el hombre que posterior-

mente se enamora de ella, nunca deja de ser representada desde la perspectiva masculina, marcada con una evidente otredad y considerada como un peligro constante:

Se bañaba. En mi puto baño, con mi mil veces puta agua y mi remil veces reputo jabón, tallándose las sucias nalgas, las plantas mohosas de sus repugnantes pies de dedos quebrados, sus pies de polvorón con mis arreos higiénicos. Un minuto después estoy violándola sobre el piso. Lamento utilizar este lenguaje pero hablar de seducción sería impreciso... mi vida es tan atrocemente inmunda que mis relaciones consisten en violar hondureñas en el piso del baño. (158-59)

Pese a estas razones el hombre, lejos de liberar a la joven, refuerza la seguridad de la casa para evitar su escape y mantiene una estricta vigilancia sobre ella por temor a ser sujeto de un robo, prejuicio por demás generalizado entre la sociedad mexicana representada en la novela.

La conciencia de este tipo de violencias y del rechazo del que son objeto motiva a los personajes centroamericanos de estas novelas a buscar la invisibilidad como una estrategia de protección. Los grupos de necropoder —es decir, aquellos facultados por el uso de las armas o por el empoderamiento político o económico a decidir sobre la vida, la explotación y la muerte de grupos vulnerables— se constituyen en estas novelas como representantes de comisiones en pro de los migrantes, irónicamente, cuerpos policiales corruptos o miembros del crimen organizado que actúan como traficantes de personas. Ante esta confabulación entre gobierno, organizaciones no gubernamentales y crimen organizado, aunada al predominio de la xenofobia entre la sociedad civil, los migrantes buscan permanecer en el anonimato para evitar ser descubiertos y violentados y, en el caso de serlo, optan por el silencio sobre la denuncia, ya que esta puede ser motivo de represalias por parte de las autoridades. Para los sujetos en tránsito, la presencia de estas representa peligro, por lo que es válido considerar que “la intervención estatal ha contribuido a instaurar las condiciones de la violencia, sin por ello frenar el

tránsito de los migrantes: paradójicamente, los intentos de imposición de una autoridad en la región sólo han reforzado la esfera de la clandestinidad” (Desjonquères en Chávez 44). Esto sitúa a los migrantes en un doble esfuerzo por su ocultamiento ante grupos de poder: tanto representantes de la legalidad como de lo ilícito.

Esta clandestinidad y el intento de invisibilidad por parte de los sujetos migrantes los coloca en una posición sumamente vulnerable, debido a que el anonimato en el que se encuentran facilita su explotación o desaparición forzada. Así, si para ellos la búsqueda de la clandestinidad asegura parcialmente su ocultamiento a las autoridades y a grupos de necropoder, también permite una violación de sus derechos humanos. En las novelas *La fila india* y *Amarás a Dios*, este ocultamiento premeditado es representado por medio del desarrollo o mención de las fosas comunes destinadas a desaparecer los cuerpos de víctimas centroamericanas de tráfico de personas. Si en otros contextos de violencia, como en el de la guerra contra y entre el narcotráfico en México, los cuerpos son espacios para la exhibición del poder al portar mensajes de amenaza para la sociedad o los cárteles contrarios —lo que en *Modernidad cruel* Jean Franco nombra como “crímenes expresivos” — en el caso de los migrantes y sus cuerpos sin vida, la desaparición y no la exhibición constituye el mensaje.

La desaparición del cuerpo supone una forma particular de violencia que puede representar para la familia del desaparecido “meses y años de pérdida agonizante”, que constituye así “una triple privación del cuerpo, de duelo y de entierro” (Franco 191-93; traducción mía). El cuerpo, entendido como un “pergamino de la violencia” (Varela), es visto como un medio que comunica el mensaje de la violencia y es exhibido para, así, visibilizar las huellas de la tortura con una finalidad intimidatoria. La tortura como despliegue de poder tiene su espacio de enunciación en el cuerpo, por lo que este, incluso después de la muerte, es transmisor de significados, de la misma manera que su desaparición, como negación del sujeto, constituye una violencia simbólica. En un contexto de tráfico de personas, ante la renuencia o la imposibilidad de efectuar un rescate, el migrante es torturado y su cuerpo ocultado, anulado, privado

de pertenencias o identificaciones y destinado a un entierro que, en caso de ser descubierto, no aclara su identidad. En caso de ser encontrados, los cuerpos son un testimonio de las vejaciones que experimentaron en vida y de la invisibilización, no solamente de su muerte, sino de la atención que reciben en medio de un contexto predominantemente violento, en donde, como se cuestiona en la novela de Ortuño, “quién castigaría una simple muerte en medio de una masacre” (17).

Lejos de la lectura necropolítica en la que los cuerpos violentados actúan como “crímenes expresivos”, como un despliegue de poder en pugna por el control territorial entre élites, la desaparición actúa como una violencia particular que, al no ser reconocida, implica una mayor impunidad. Esta condena de los migrantes asesinados al anonimato y a la invisibilización de las violencias ejercidas contra ellos son desarrolladas tanto por Emiliano Monge como por Alejandro Hernández. En *Las tierras arrasadas*, a la historia de Estela y Epitafio narrada de manera polifónica entre los personajes empoderados, se suman los testimonios breves e intercalados de los sujetos capturados a los que, fuera de estas esporádicas intervenciones, es vedada el habla en la novela. Mientras Monge inserta fragmentos de testimonios reales de migrantes centroamericanos para dar voz a los secuestrados que aparecen en su novela (estos aparecen siempre señalados en caracteres cursivos a lo largo de la narración), Hernández introduce de manera explícita referentes a sucesos contemporáneos, como la mención directa a la masacre de San Fernando o la alusión a albergues y personas relacionadas con la atención al migrante.

En *Amarás a Dios*, a partir de la narración de los distintos episodios de la travesía de Walter, se da a conocer el recelo del protagonista hacia las autoridades y la importancia que para él tiene adoptar la invisibilidad como mecanismo de protección. Por ello, escapar, ocultarse e incluso negarse a sí mismos ante las autoridades forma parte del cuidado personal y colectivo. En una de las escenas que representan la actitud inquisitorial con la que los policías se dirigen a los migrantes, el padre de Walter se ve forzado a negar la identidad de uno de sus hijos, en detrimento de la dignidad humana propia y ajena:

era un migrante, nada más. Pero qué migrante, de dónde era, en dónde quedaron de verse. Era menos que un migrante, le dije a un jefe de la policía. No seas pendejo, me dijo el jefe, no hay nada menos que un migrante. Y si no era migrante, entonces qué era. Las palabras le supieron a vómito a mi papá. Era nadie, les dijo. (Hernández 22)

En este diálogo opera una fuerte crítica hacia la nula sensibilización por parte de las autoridades, al mismo tiempo que señala la existencia de un fuerte estigma del migrante como sujeto desprovisto de identidad y de valor humano.

En *The Hidden Structure of Violence* (2005) Jennifer Achord y Marc Pilisuk ahondan en el concepto de la deshumanización como un mecanismo que permite cierta operabilidad de la violencia sin la posterior elaboración de un sentimiento de culpa: “a composite psychological mechanism that permits people to regard others as unworthy of being considered human” (Achord y Pilisuk 62). Esta concepción coincide con el análisis que Gabriel Bello hace de la deshumanización con relación a la otredad étnica, religiosa o ideológica y de los crímenes de odio cometidos por ejecutores que “no creen estar vulnerando los derechos humanos...; [porque] no están siendo inhumanos, ya que han diferenciado entre humanos verdaderos y pseudo-humanos, o humanos falsos. Creen estar haciendo un favor a la humanidad” (Bello 16). Según Achord y Pilisuk, en una situación de confrontación, donde la violencia es puesta en práctica, este mecanismo permite una disociación del remordimiento al encontrar un chivo expiatorio de los males que deben ser eliminados de la sociedad (62). Este pensamiento es explicado desde la psicología con la teoría del manejo del terror (*TMT, Terror Management Theory*). Según esta, en el terror las personas actúan, no respecto a amenazas concretas e inminentes, sino respecto a ansiedades y terrores que parten de la condición humana (Achord y Pilisuk 65).

La deshumanización de los sujetos migrantes en estas novelas mexicanas se ve también presente en diferentes dinámicas, entre las que se encuentran la cosificación y la animalización como estrategia

de distanciamiento necesario para el ejercicio de violencia física, específicamente de la tortura. Como lo desarrolla Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*, la deshumanización es vista desde esta lógica como la única utilidad de la violencia inútil (580). Los discursos de odio motivados sobre todo por aspectos étnicos o religiosos siguen esta línea en la que la víctima es desprendida de su carácter humano para que el victimario pueda dirigir su violencia hacia sujetos impuros o bestializados, en los que no hay cabida para derechos humanos puesto que han dejado de ser considerados como tales (Bello 16). Incluso, como se ve en las guerras civiles o la lucha motivada por causas ideológicas, la eliminación del otro abyecto es considerada como un beneficio a la humanidad, por lo que toda forma de violencia contra este se encuentra más que justificada y llega a ser alentada entre los grupos empoderados. Desde esta misma lógica operan los juicios respecto al tratamiento de migrantes como individuos abyectos, indocumentados diferenciados de los ciudadanos por su nacionalidad y estatus socioeconómico. De esta manera, la construcción de una otredad respecto a la víctima permite, por una parte, cumplir con la comanda de tortura o asesinato; y, por otra, reafirmar el sentido de pertenencia respecto a la élite de poder o grupo contrario al que se inscribe el o los victimarios. La adscripción a un grupo de poder incluye, humaniza y protege a uno, el empoderado; al mismo tiempo que excluye, deshumaniza y violenta al otro, el vulnerado.⁵ Así, el otro es sujeto de una abyección que lo condena al rechazo y a la violencia, mientras el agresor se autovalida dentro de una comunidad al mismo tiempo que justifica sus acciones en beneficio de su sociedad.

Con relación al lenguaje, la deshumanización se encuentra presente en las maneras de nombrar, de hacer existir a estos personajes en el discurso de las obras. Sobre ello también habla Primo Levi en su testimonio sobre su vida en el Lager. Explica cómo para los

⁵ En esta adscripción “el nosotros de turno hace dos cosas: (i) se incluye a sí mismo en la humanidad normativa, con lo cual se humaniza a sí mismo, y (ii) excluye de ella a los otros, con lo cual los deshumaniza” (Bello 17).

oficiales alemanes estaba terminantemente prohibido referirse a los judíos de otra manera que no fuese la de “prisioneros”, nunca la de “hombres”, y cómo, para hablar del verbo “comer”, debían utilizar la forma que designa la acción en animales (*fressen*) y no en personas (*essen*). De la misma manera que en *Amarás a Dios* el padre se ve forzado a dar la razón a los policías y a afirmar que su hijo “no era nadie”, en las novelas de Monge y Ortuño los personajes carecen de nombres propios o estos les son reasignados a voluntad de otros. En el caso de *Las tierras arrasadas*, mientras los personajes victimarios tienen nombres relacionados con un campo semántico de muerte (Epitafio, Nicho, Mausoleo), los migrantes solamente son referidos por medio de epítetos como “los que no pueden ya esperar nada del cielo” o “los que ya no tienen vida”, entre varios más. Es así como los otros constituyen una masa uniforme sin historias, sin nombre, sin rostros, a plena disposición de las voluntades de quienes los poseen. En aras de romper cualquier sentido de humanidad, incluso los vínculos socio afectivos son eliminados porque “hay que lograr que no se acuerden... que no sepan quiénes son ni quién los otros” (Monge 81), como una manera de suprimir cualquier tipo de memoria, identificación o relación.

Parte de esta deshumanización es la animalización que se hace de los personajes centroamericanos, que facilita la ejecución de la violencia al argumentar que el sujeto violentado no puede ser considerado como una persona. Este es un punto en el que las tres novelas convergen: en su representación de la fuerte xenofobia por parte de la sociedad mexicana, como sucede en el caso de Ortuño; y de la violencia contra indocumentados por sicarios, polleros y autoridades en Monge y Hernández. La animalización de los personajes forma parte de una estrategia de derrota que simplifica su manipulación por parte de los grupos de necropoder o que finalmente rinde su resistencia y los orilla a desistir en su intento por cruzar las fronteras. Como expresa uno de los migrantes en *Las tierras arrasadas*, respecto a la travesía por México “uno sale siempre derrotado... que lo derrota a uno este sitio...que lo derrotan siempre a uno estas gentes...convirtiéndolo en perro... un animal pues solamente” (69). Es precisamente a esta derrota de la víctima, alcanzada

por la humillación y el despojo de la identidad, a la que los victimarios aspiran con diversas tácticas de violencia, como una forma de mantener la sumisión de los sujetos extorsionados o secuestrados.

En *La fila india*, la animalización y otras expresiones de distanciamiento se encuentran manifestadas en el personaje del Biempensante, mencionado anteriormente como el violador de la joven centroamericana, que representa de forma arquetípica un sector de la clase media de México: inconforme, instalada en una precariedad funcional, y con una asimilación y aceptación de prácticas violentas normativizadas. Para este personaje, que habita cerca de las vías del tren (al igual que el mismo Ortuño) y para quien los migrantes son sujetos abyectos, transgresores de su espacio personal, la sola presencia de estos grupos actúa como una amenaza que le inspira juicios extremadamente xenofóbicos. La descripción del Biempensante remite a un imaginario bestial y agresivo, desde las “jaurías de niños sucios” hasta los hombres y mujeres que con sus “garras” tocan a su puerta. Así, el Biempensante se ve amenazado por corporalidades animalizadas más que por sujetos.

La precariedad del estilo de vida del Biempensante refuerza su rechazo hacia los migrantes, quienes son vistos solamente como seres que piden ayuda, dinero u objetos de necesidad básica que ofrecen pagar con trabajo doméstico, pero que el personaje mexicano interpreta como una demanda. Este se siente amenazado y justifica su negativa de apoyo con el argumento de no verse obligado a proveer por ellos: “bastante tengo encima conmigo mismo, bastante me cuesta la pensión alimenticia de la niña cuando la pago... bastante sufro por esta casa que me dejó mi padre, tan cerca de las vías del tren que la confundieron con estación” (Ortuño 115). Este sentimiento de responsabilidad social ante la necesidad ajena se trastoca en una combinación de hartazgo y culpa, que propicia una verticalidad en la relación entre mexicanos/ciudadanos y centroamericanos/indocumentados, que se refuerza por la noción que tienen los primeros de ser “proveedores” de las necesidades básicas de las comunidades en tránsito “como si hubiera obligación de proporcionarles lo que ellos mismos no pudieron obtener” (114). Será más adelante del desarrollo de la obra cuando se evidencie que,

ante la creencia de este carácter proveedor y la certeza de la vulnerabilidad de los migrantes, el Biempensante abuse de su estatus de ciudadano y violente los derechos de la mujer centroamericana a la que llega a asistir.

Por medio del Biempensante se representa en la novela cómo la otredad se construye con la separación del grupo considerado como abyecto, pero también con la aspiración a pertenecer a los grupos de poder. Desde esta lógica, entre mayor sea el distanciamiento respecto a los países del sur de México y sus migrantes, más posibilidades puede haber de adscripción con los vecinos del norte. Por ello, este personaje se congratula de ser confundido en Estados Unidos con un estadounidense más, ya que en caso contrario de ser reconocido como mexicano sabe que “un gringo no distingue . . . nos ve parejos” (Ortuño 50). Con ello hace referencia a la confusión y unificación cultural y étnica entre mexicanos, centroamericanos y demás latinoamericanidades por parte de los anglosajones, misma unificación de la que este personaje desea escapar debido a sus prejuicios y a su sentimiento de superioridad cultural; con lo que se critica la aspiración compartida por varios sectores de la sociedad mexicana de pertenecer al país del norte.

En esta misma línea, en *Las tierras arrasadas*, Mausoleo, uno de los centroamericanos secuestrados por los traficantes de personas, es seleccionado por su tamaño y fuerza física para fungir como uno más de la banda criminal, para vigilar y controlar a sus anteriores compañeros de viaje. Además de sus atributos físicos, los traficantes recurren a la incorporación de Mausoleo a sus filas como una estrategia para debilitar el sentido de unión entre los migrantes y disminuir los intentos de fuga o rebelión. Mientras para los migrantes esto implica el desarrollo de una actitud de recelo entre sí, para Mausoleo, su inicial oposición a ejercer la violencia sobre ellos se convierte rápidamente en un ensañamiento. Aunque su agresividad inicialmente se relaciona con una demostración de afiliación con los victimarios para probar su pertenencia y no ser condenado nuevamente a la esclavitud, también se debe a la conciencia de saberse del otro lado en la cadena de violencia. De esta manera, no solamente logra asesinar a los migrantes con quienes viajaba, sino que “siente

que se vuelven sus temores puro orgullo: es él quien hoy vigila a los hombres y mujeres que además de que *no pueden ya esperar nada del cielo* no debieran esperar nada tampoco de esta tierra” (Monge 99). Sobre ello, Achille Mbembe señala que

el horror experimentado durante la visión de la muerte se torna en satisfacción cuando le ocurre a otro. Es la muerte del otro, su presencia en forma de cadáver, lo que hace que el superviviente se sienta único. Y cada enemigo masacrado aumenta el sentimiento de seguridad del superviviente. (66)

Esta transgresión entre los límites de víctima y victimario constituye así un mecanismo más de la necropolítica para la desestabilización de los sujetos vulnerados y su consecuente control.

Esta misma dinámica se ve representada en *Amarás a Dios* con los personajes de Walter y su primo Valente, quien años atrás había emprendido la travesía y termina siendo un traficante de migrantes centroamericanos para el crimen organizado. Movidio por los lazos familiares entre ellos, Valente ofrece a su primo condonarle la vida a cambio de su integración como traficante y sicario, oferta que es declinada. Walter se aferra a un sentimiento de pertenencia que, al no verse ligado a un espacio debido a su condición nómada, se relaciona con los sujetos también migrantes quienes representan una extensión de la patria y la familia hondureña, guatemalteca o salvadoreña, por lo que la traición a su comunidad y la ruptura de su propio código de valores representan para él una violencia mayor que la de ser capturado y torturado. Para los traficantes, en cambio, y de manera similar a lo sucedido en *Las tierras arrasadas*, fungir como victimario es posible una vez efectuado el distanciamiento y asimilada la violencia desde la normatividad, para lo que solo hace falta “entrenarse”, familiarizarse con la sangre como parte de un rito de iniciación por el que todos han pasado al iniciar como secuestradores: “una entrenadita y ya está, con culeros de verdad, con sangre de verdad, una vez que te despachas a uno, una vez que te salpicas de sangre, se le va pasando a uno el asco, de veras, o cómo crees que empezamos todos los que andamos en esto, cómo, si no” (Hernández 265).

Así, la exposición a la violencia, el contacto con la sangre y la deshumanización del cuerpo, como una constante, permiten la posterior construcción de una nueva normatividad para los sujetos que se encuentran en la transición de vulnerables a empoderados, pero siempre abyectos, marginales. En la novela de Hernández, para facilitar el trabajo de torturador, el paso más importante es la inmediata iniciación. En *Las tierras arrasadas*, por su parte, uno de los personajes dedicados a la descomposición de cuerpos en ácido, es ya indiferente a la violencia, virtud que parecen aplaudir los traficantes por encontrar un elemento capaz de lidiar con la sordidez del trabajo de un torturador/verdugo. En cualquiera de estos casos, cuerpo vivo o cuerpo inerte, víctima o victimario es despojado de su naturaleza humana por la aplicación de una violencia que deviene ambivalente, dado que

por una parte es un ‘recurso civilizador’, en el sentido de mantener y estabilizar la distancia entre aquello que es humano y aquello que no lo es. Pero al mismo tiempo, engendra lo inhumano. Muestra el rostro deshumanizador de los que se auto-perciben como propiamente humanos. (Sales 57-58)

Otro de los mecanismos de violencia encaminados al resquebrajamiento de los sujetos aprisionados y representado en estas novelas es la violencia ejercida contra los personajes femeninos. Desde una lectura machista, pero normativizada, en distintas culturas el honor familiar recae en los integrantes femeninos, por lo que las afrentas cometidas contra estos devienen en un insulto o una agresión para la comunidad a la que pertenecen. Desde una lectura distanciada del pensamiento machista, la violencia contra mujeres supone una violencia doble si se tiene en cuenta aquella de carácter simbólico, según la propuesta de Bourdieu como “the internalized humiliations and legitimations of inequality and hierarchy ranging from sexism and racism to intimate expressions of class power” (Bourgeois 8), por lo que, desde ambas perspectivas, la violencia dirigida a migrantes femeninos es más común como más encarnizada, así como la expresividad del crimen. El cuerpo femenino aparece en estos

contextos de violencia y de deshumanización como pergamino de la violencia, medio por el que se imprime un mensaje con fines de intimidación o despliegue de poder y que, en este caso, tiene como destinatario a otros hombres.

Si los crímenes expresivos tienen cabida entre élites igualmente empoderadas, en el caso de las violaciones, humillaciones y explotación de cuerpos femeninos migrantes por parte de grupos necroempoderados, la escritura de la violencia actúa bajo otros parámetros. Desprovistos de la capacidad de responder, actuar, confrontar o demandar estas afrentas, los migrantes son obligados a presenciar estas vejaciones y, al permanecer pasivos, su sentimiento de impotencia y su humillación aumentan. En estas novelas, la violencia contra mujeres actúa directamente sobre los cuerpos de ellas, pero también como un recurso de implementación del miedo en el resto de los personajes, una táctica de control para recordar el dominio absoluto sobre sus cuerpos y sus vidas. Para los testigos de estos crímenes, la tortura es presenciar “lo que les hicieron” (Monge 44), actos que en su falta de descripción anticipan la inenarrabilidad de los personajes que se enfrentan con la derrota. En la novela de Alejandro Hernández, sin embargo, los personajes migrantes responden desde su vulnerabilidad ante uno de estos crímenes expresivos. Al encontrar a una de las jóvenes que viajan en la misma caravana, violada e inconsciente a causa de la brutalidad con que ha sido atormentada, los integrantes del grupo deciden romper con el proceso comunicativo y optan por no ver⁶ el cuerpo de la migrante. El personaje de Walter, conmovido y atormentado por el rapto de su compañera, al recuperarla y llevarla de vuelta al albergue, describe la escena como “el espectáculo de *nuestra* Elena

⁶ Aunque este fragmento refiere al acto de no ver, no coincide con el percepticidio propuesto por Diana Taylor en *Disappearing Acts* y *The Archive and the Repertoire* que aduce aquella sensorialidad que es reprimida con la finalidad de negar o invisibilizar algún suceso acontecido especialmente en contextos de violencia o represión política. En este caso la negación a ver es una oposición a la obligación de atestiguar la violencia y así participar, indirectamente, de ella al no poder rechazarla.

destrozada” (énfasis mío), adjetivo posesivo que enfatiza la unión de una comunidad agredida, en la que tanto el hermano de la joven como su compañero y los demás migrantes se solidarizan para alejarse de dicho espectáculo, evitando ser cómplices del atractivo de lo gore y permitiendo tener un grado de privacidad a Elena y a quienes son cercanos a ella. Esta deliberada renuncia a atestiguar la violencia, en este particular contexto, actúa, por una parte, como un rechazo a ser partícipe involuntario del espectáculo del horror y, por otra, como intento de establecer una solidaridad que se expresa en el respeto por el dolor ajeno.

Con la limitación de la libertad de movimiento, con el control del espacio, el confinamiento forzoso o la separación de familiares, la privación del alimento y del descanso, el corte del suministro de agua o la negación de servicios sanitarios se manifiestan otras formas de tortura. Al igual que la deshumanización, estos mecanismos actúan como violencias útiles que facilitan la subordinación de los migrantes por medio del resquebrajamiento de su sentido de dignidad humana. Achille Mbembe observa esta dinámica en el caso de la esclavitud y el manejo del cuerpo de los esclavos como instrumento de trabajo que posee un valor mercantil relacionado con su capacidad laboral. Visto de esta manera, el cuerpo no pertenece al esclavo, sino al esclavista, y la manipulación violenta del cuerpo es un recurso para confirmar la autoridad al enfatizar la subordinación del otro. En esta literatura, los cuerpos de los migrantes son disputados por secuestradores, mafias y autoridades, así como por individuos que, protegidos por su ciudadanía, actúan con una lógica y dinámicas similares a las del esclavista y abusan de los sujetos indocumentados. Si para Mbembe las limitaciones y los sufrimientos de estos sujetos desprovistos de autonomía pueden ser consideradas como una “muerte-en-la-vida” (33), la esclavitud a la que son sometidos estos personajes actúa como la expresión de la forma más marcada de la abyección, según Julia Kristeva: la muerte.

Las novelas de Hernández, Ortuño y Monge representan cuerpos que en el violento contexto mexicano son tratados como productos de valor, ya sea por su capacidad para trabajar para el crimen organizado (Monge), por la explotación sexual de sus cuer-

pos (Ortuño) o por la extorsión posible por medio de su captura (Hernández). Las reflexiones de Sayak Valencia sobre los criterios mercantiles que surgen sobre todo en espacios dominados por el narcotráfico, en los que estos cuerpos son considerados como “productos de intercambio”, señalan las relaciones establecidas entre cuerpo y capital de un necro mercado que nace y crece, encabezado por la extorsión, el secuestro y el asesinato por encargo, pero también la existencia de otros modos de explotación de sujetos vulnerables, por su precariedad o por su condición indocumentada, más normalizados e invisibilizados.

La ya mencionada relación de repulsión y atracción por los sujetos abyectos se presenta en estas relaciones mercantiles. En *La fila india*, por ejemplo, la narración representa un imaginario de los sujetos centroamericanos en función de la satisfacción de servicios entre los que sobresale el del empleo doméstico. En la relación entre el nosotros representado por los ciudadanos mexicanos y el otros constituido por los migrantes, el atractivo de una explotación disfrazada de oportunidad laboral vence al rechazo. Solamente así se posibilita la permisión de estos personajes en el espacio de lo privado, aunque nunca se concede una suspensión de su carácter abyecto.

Sin ánimos de caer en reduccionismos comparatistas y pasar por alto las particularidades de cada contexto sociopolítico, podemos considerar que existen ciertas correspondencias en la manera en que operan los mecanismos de deshumanización con propósitos de subordinación y ejecución de la violencia en distintos contextos sociohistóricos, además del correspondiente a la migración latinoamericana actual. Por motivos religiosos, étnicos, nacionales o ideológicos, la segregación y el confinamiento de los sujetos considerados como abyectos obedece así a discursos de odio instalados en la sociedad, a políticas no incluyentes y al dominio de élites empoderadas por el control armamentístico que buscan destruir el carácter humano de los individuos esclavizados, itinerantes, empobrecidos o desarticulados. Ejemplo de ello es la doble referencialidad que hoy en día ofrece la imagen de los vagones de mercancía saturados de personas con destino incierto, obligadas a enfrentar los desafíos de su propia corporalidad, traducidos en hambre, sueño y

necesidades de evacuación, que puede ser fiel tanto al testimonio de Levi como a la representación ficcional de estas novelas. Por ello, al pensar que si “ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder”, como señala el autor italiano, podríamos observar los fenómenos migratorios actuales, las políticas que los comprenden, las representaciones culturales y las visiones críticas sobre estas como denuncia de una violencia cada vez más peligrosamente normalizada y asimilada como natural en el proceso migratorio.

Aunque este análisis se ha abocado al desarrollo de la corporalidad y los mecanismos de deshumanización con relación a la migración, es necesario enfatizar las otras violencias también representadas en mayor o menor medida en las novelas, que son igualmente invisibilizadas. Entre ellas se encuentran la violencia social y económica, que frecuentemente motiva la búsqueda de otros espacios a causa de los altos índices de criminalidad, la falta de trabajo o el empleo mal pagado; y la violencia política y estructural, de la que deviene la impunidad con la que operan los grupos necroempoderados, la falta de representatividad jurídica e interés de la sociedad en la protección de los derechos humanos de los migrantes, así como la ineficacia de los programas de asistencia del gobierno mexicano. El reconocimiento y la observación de estas violencias, y el análisis de su representación literaria aspiran a una forma de visibilización de la vulnerabilidad social y jurídica en la que se encuentran las personas en tránsito, así como de la poca cultura de sensibilización respecto a los fenómenos migratorios y de la incomprensión sobre las distintas problemáticas sociales, políticas y económicas que conllevan al éxodo de miles de centroamericanos.

Bibliografía

- Achord, Jennifer, Marc Pilisuk. *The Hidden Structure of Violence*. Monthly Review Press, 2005.
- Bello Reguera, Gabriel. “De la demonización al racismo (sobre la deshumanización del otro)”. *Criterio Jurídico Santiago de Cali*, 2008, pp. 9-24.

- Bourgois, Philippe. *The power of violence in war and peace Post-Cold War lessons from El Salvador*. Sage Publications, 2001.
- Chávez-Flores, Ian Yetlanezi. “Mythos y logos: hacia un análisis de la migración contemporánea en La fila india, de Antonio Ortuño”. *La Colmena*, 2018, pp. 35-46.
- Franco, Jean. *Cruel Modernity*. Duke University, 2013.
- Hernández, Alejandro. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. Tusquets, 2013.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión*. Siglo XXI Editores, 2006.
- Levi, Primo. *Trilogía de Auschwitz*. Traducido por Pilar Gómez Bedate, Editorial Océano, 2005.
- López-Acosta, Adriana. “Este horror [la violencia contra los migrantes] trasciende la realidad”. *Cruce*, 11 abril 2014, cruce.iteso.mx/este-horror-la-violencia-contra-los-migrantes-trasciende-la-realidad/
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Traducido por Elisabeth Falomir Archambault, Melusina, 2011.
- Monge, Emiliano. *Las tierras arrasadas*. Random House, 2015.
- Ortuño, Antonio. *La fila india*. Océano, 2013.
- Parra, Eduardo Antonio. “Vergüenza”. *Letras Libres*, julio 2013, letraslibres.com/mexico/libros/vergüenza.
- Porcel, Beatriz. “Deshumanización del cuerpo, desaparición, muerte”. *Revista Ecopolítica*, no. 9, 2014, pp. 13-24.
- Sales Gelabert, Tomeu. “Lo humano, la deshumanización y la inhumanidad; apuntes filosófico-políticos para entender la violencia y la barbarie desde J. Butler”. *Análisis. Revista de Investigación filosófica*, no. 2, 2015, pp. 49-61.
- Shrimpton, Margaret, David Loría, Celia Rosado, editores. *Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia*. Universidad Autónoma de Yucatán, 2017.
- Taylor, Diana. *Disappearing Acts. Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's "Dirty War"*. Duke University Press, 1997.
- _____. *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Duke University Press, 2003.
- Varela, Amarela. “La trinidad perversa de la que huyen las fugitivas centroamericanas: violencia feminicida, violencia de estado y violencia de mercado”. *Debate feminista*, 2017, pp. 1-96.